

Afuera del edificio de las Naciones Unidas en New York City, hay una estatua de un joven musculoso un poco inclinándose hacia delante, agarrando en su mano izquierda una espada larga; y en su mano derecha él está agarrando un martillo que usa para golpear a la espada y crear un implemento de granja. Esa estatua es una imagen tomada del libro del profeta Isaías, nuestra primera lectura en este, nuestro primero domingo de Adviento: «De las espadas forjarán arados y de las lanzas, podaderas». Esto es el gran sueño de la humanidad: deponer todas armas de guerra y tomar los implementos y las habilidades de paz.

Todos nosotros queremos la paz y justicia, pero parece que tenemos tan poco éxito en el logro de ese sueño. Quizás una razón es que no hemos escuchado a todas las palabras del profeta o quizás las entendemos mal. Además de diciendo «De las espadas forjarán arados», Isaías dice, «Vengan, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos instruya en sus caminos y podamos marchar por sus sendas».

Lo que Isaías dice es que si queremos un mundo que es justo y pacífico, tenemos que escuchar y aprender los caminos del Señor nuestro Dios. Como muchos de ustedes saben, asistí el sexagésimo reencuentro de mi escuela preparatoria en el estado de Mississippi el mes pasado. Sabiendo que tenemos muchas diferencias ideológicas, tomamos cuidado de evitar discusiones que podrían provocar conflictos entre nosotros; era un tiempo de recordar y apreciar los buenos recuerdos del pasado y de dar gracias por todo lo que habíamos recibido durante estos sesenta años. Pero desde mi regreso una de mis compañeras de clase cuyo marido es un ministro protestante ha estado enviándome correos electrónicos acerca de todo lo que está mal en los estados unidos y en el mundo y, al menos, implicando que debemos estar preparados para el fin del mundo.

Las palabras son similares a las palabras que recuerdo de mi niñez. Por aquella época unos predicadores estaban seguros que Cristo estaría viniendo pronto y creyeron que podían predecir su venida en una fecha específica. Algunos de sus seguidores vendieron todo y se juntaron en la fecha predicha. Todos los predicadores estuvieron equivocados, por supuesto, pero el problema no era la aritmética. Era su falta de entendimiento de las palabras de Jesús en el Evangelio. Repetidamente Jesús les dice a sus discípulos, como les dice en nuestro Evangelio de hoy: «. . . no saben qué día va a venir su Señor» (San Mateo 24:42). Incluso dice, «Por lo que se refiere a ese Día y cuándo vendrá, no lo sabe nadie, ni los ángeles en el Cielo, ni el Hijo, sino solamente el Padre» (San Marcos 13:32).

Homilía del 1 de diciembre de 2013

La respuesta apropiada a estos malentendidos, sin embargo, no es respirar un suspiro de alivio y burlarse de aquellos que predicán la Segunda Venida y continuar nuestra vida cotidiana como antes. Justo lo contrario. Jesús dice, «Velen, . . . y estén preparados, porque no [sabemos] qué día va a venir [nuestro] Señor». Si olvidamos o descuidamos estas palabras de Jesús, nos podemos encontrar no preparados cuando viene—y seguramente vendrá en el tiempo conocido solamente por el Padre, y este tiempo para algunos, si no todos, de nosotros es el tiempo de nuestra muerte física, y la muerte puede venir en cualquier momento.

San Pablo nos dice que la hora es tarde. «La noche está avanzada»; el amanecer se está acercando. Entonces dice algo que se hizo famoso por uno de los Padres de la Iglesia que yo cito a menudo—San Agustín.

Agustín era un joven brillante que estaba involucrado en las filosofías de su época. Él fue uno entre aquellos que trataron de mezclar las religiones con el fin de encontrar una espiritualidad refinada. Su religión era tan refinada que sus seguidores creían que lo carnal no importa. Por lo tanto, ellos podían hacer algo que querían con sus cuerpos siempre y cuando sus pensamientos eran puros. Se dice que Agustín estaba viviendo ese tipo de vida: su mente estaba en las nubes mientras que usaba su cuerpo en promiscuidad. Pero un día cuando él estaba solo en un jardín, oyó una voz decirle, «Toma y lee». En el primer momento creyó que era un niño y trató de pensar qué juego podría usar las palabras «Toma y lee». Pero cuando se dio cuenta de que estaba completamente solo, abrió la Biblia y allí leyó el versículo que acabamos de escuchar: «Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujurias ni desenfrenos, nada de pleitos ni envidias. Revístanse más bien, de nuestro Señor Jesucristo y que el cuidado de su cuerpo no dé ocasión a los malos deseos» (Romanos 13:13). Estas palabras transformaron su vida. Dedicándose a Dios, comenzó a andar la senda del Señor Jesús, explicándosela a los demás. Se hizo uno de los más grandes maestros de la Iglesia.

Durante este tiempo de Adviento renovemos nuestra dedicación a las maneras de nuestro Dios, para andar en sus sendas. Puede que no seamos capaces de traer la paz al mundo, o a este país, pero podemos ganar la paz dentro de nosotros mismos y podemos tratar de traer la paz dentro de nuestras familias. ¿Quién sabe lo que Dios puede hacer con nosotros cuando le permitimos que nos cambie como cambió un hombre llamado Agustín? Que nos abramos y escuchemos y demos a Dios la oportunidad de hacernos gente de paz.